

HOMILÍA DEL EMMO. SR. CARD. D. ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA

con motivo del tercer aniversario de la muerte del P. Luis M.^a Mendizábal sj

Cerro de los Ángeles, 18 de enero de 2021

Muy queridos hermanos obispos de Getafe y Alcalá de Henares, muy queridos hermanos sacerdotes, muy queridas Hermanas, queridos hermanos todos:

Nos hemos reunido para celebrar el memorial de la muerte y resurrección de Jesús, con el cual nos amó hasta el extremo, recordando ante el Señor al padre Mendizábal, **amigo fuerte de Dios, sacerdote conforme al corazón de Dios, testigo fiel del buen Pastor que entregó, como religioso jesuita, toda su vida para dar gloria a Dios y la salvación de los hombres**, a los que sirvió sin buscar otra cosa que *esa gloria divina que es la salvación de los hombres* (San Ireneo de Lyon). Celebramos este sacrificio expiatorio por el P. Mendizábal y en acción de gracias por él, en el tercer aniversario de la muerte, o del día en que Dios lo llamó para estar en la morada que Jesús —como dijo a sus amigos antes de ir junto al Padre— iba a preparar, un lugar para los que le aman.

Ayer mismo, domingo, la lectura del Evangelio recordaba al Bautista, con Andrés y Juan evangelista, que señaló a Jesús que pasaba como el Cordero de Dios. El P. Mendizábal, también como el Bautista, **fue el testigo** —desde la experiencia profunda, don del cielo— que había tenido y experimentado, había visto y oído a Jesús, el Hijo amado en quien el Padre se complace plenamente. Y lo mostró a otros, **lo mostró desde el encuentro con Jesús, palpando el amor misericordioso del Corazón de Cristo**. Y nos dijo desde esa experiencia, que **ese Corazón, en quien el Padre plenamente se complace, es quien salva y quita el pecado del mundo**. Nos mostró y llevó a ver, a estar y a seguir (a tantos sacerdotes, religiosos, religiosas como las hermanas de la Fraternidad, aquí presentes —sus hijas queridas— y a fieles cristianos laicos) al Corazón de Jesús, aquel Corazón de hombre con que nos amó, Jesús. Aquel Corazón que, después de habernos amado hasta el extremo, hasta el fin, fue traspasado por una lanza y, desde lo alto de la cruz, derramó sangre y agua, fuente inagotable de vida nueva y eterna.

Solo de esta fuente inagotable de amor que es el Corazón de Jesús, podremos sacar la energía necesaria para amar, para vivir y cumplir nuestra vocación al amor, para llevar a cabo nuestra misión. Necesitamos contemplar y admirar cuanto se entraña en el Corazón sacratísimo de Jesucristo para aprender lo que es el amor y lo que significa amar. Necesitamos beber de esta inagotable fuente de vida, de donde brota la Iglesia y sus sacramentos, para abrirnos de par en par al misterio de Dios y de su amor, dejarnos transformar por Él.

Necesitamos profundizar en nuestra relación con el Corazón de Jesús para reavivar en nosotros la fe en el amor salvífico de Dios, acogiéndolo cada vez mejor en nuestra vida, estando y viviendo con Él, gozando de su amor y compañía. Debemos recurrir a esta fuente insondable del Corazón traspasado y abrasado de Cristo para

alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor. Así podremos comprender mejor lo que significa conocer en Jesucristo el amor de Dios, experimentarlo teniendo puesta nuestra mirada y nuestra confianza en El, hasta vivir por completo de la experiencia de su amor, para poderlo testimoniar después a los demás. Ahí está el secreto de la vida de la Iglesia y de cada uno de los cristianos. Como dijo San Juan Pablo II,

“Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así —y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del salvador— sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la civilización del Corazón de Cristo”¹.

El P. Mendizábal enseñó que no es ésta una devoción blanda y meliflua. La devoción al Corazón sacratísimo de Jesús es una espiritualidad para almas fuertes, para corazones recios, que viven de la más vigorosa experiencia que puede darse: la de ser amado por Dios como vemos y palpamos en este Corazón traspasado, de ver todo como don de Dios, del que trata de vivir. El culto, la experiencia del amor de Dios manifestado y entregado en el Corazón de Jesús debe ayudar a recordar incesantemente que Jesús cargó con el sufrimiento de la pasión y de la cruz voluntariamente por nosotros, por mí y por ti. Cuando vivimos esta espiritualidad, cuando adoramos el Sagrado Corazón, cuando vivimos hondamente esta devoción

“No sólo reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por él”².

Y esta es la clave para seguir a Jesús, para la nueva evangelización, nueva en su ardor. El Corazón de Jesús es símbolo de su amor infinito, amor que nos impulsa a acoger su amor, y así amarnos los unos a los otros, y hacer de nuestra vida, una vida de amor, de entrega, de misericordia, de compasión, de perdón, de gracia, de don. Pero aún más, este amor del Corazón filial de Jesús que nos invita a entregarnos totalmente a su amor salvífico "tiene como primera finalidad la relación con Dios. Por eso, este culto, orientado totalmente al amor de Dios que se sacrifica por nosotros, reviste una importancia insustituible para nuestra fe y para nuestra vida en el amor. Quien acepta el amor de Dios interiormente queda modelado por él. El hombre vive la experiencia del amor de Dios como una llamada a la que tiene que responder. La mirada dirigida al

¹ JUAN PABLO II, *Carta al preposito de la Compañía de Jesús* (Paray Le Monial, 5/10/1986). Cf. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1986/documents/hf_jp-ii_let_19861005_preposito-francia.html

² BENEDICTO XVI, *Carta al preposito general de la Compañía de Jesús con motivo del 50° aniversario de la encíclica «Haurietis aquas»* (Roma, 15/05/2006). Cf. http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/letters/2006/documents/hf_ben-xvi_let_20060515_50-haurietis-aquas.html

Señor que tomó sobre si nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades, nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las necesidades de los demás. La contemplación, en la adoración, del costado traspasado por la lanza nos hace sensibles a la voluntad salvífica de Dios.

“Nos hace capaces de abandonarnos a su amor salvífico y misericordioso, y al mismo tiempo nos fortalece en el deseo de participar en su obra de salvación, convirtiéndonos en sus instrumentos”³.

Esta es la verdadera revolución: la del amor. El Corazón de Jesús nos abre a la misión. Nos hace ser misioneros, todos y donde estemos. Para la evangelización de hoy es necesario que el Corazón de Cristo sea reconocido como el corazón de la Iglesia: es él quien llama a la conversión y a la reconciliación. Es él quien atrae los corazones puros y a los hambrientos de justicia hacia los caminos del amor que no son otros que los de las bienaventuranzas. Es él quien realiza la comunión ardiente de los miembros del único Cuerpo. Es él quien permite adherirse a la buena nueva y acoger las promesas de la vida eterna. Es él quien envía en misión. El abandono en Jesús ensancha el corazón del hombre hacia las dimensiones del mundo.

Necesitamos abrirnos al Corazón de Cristo, fuente inagotable de donde brota la Iglesia, de donde mana la fuente, fuente de la gracia, de los sacramentos, y vivir así de esta Iglesia, de sus sacramentos, de la gracia. La devoción al Sagrado Corazón nos conduce a la Iglesia, con-lleva a los sacramentos, nos lleva a la oración filial que con corazón de hijo se dirige al Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo. Esta experiencia encuentra con el Corazón de Jesús, como el P. Luis María nos señaló y mostró, nos lleva a vivir de la gracia y del amor de Dios y caminar por las sendas de la santidad. Una vida de oración y de sacramentos es necesaria y fundamental para una renovación de la Iglesia y para tener vida en comunión con ella. Deberíamos renovar incesantemente nuestra consagración al Corazón de Cristo, consagración que es don de sí para dejar que el amor de Cristo nos ame, nos perdone y nos arrebate en su deseo ardiente de abrir a todos nuestros hermanos los caminos de la verdad y de la vida. Renovemos la consagración de las familias, de nuestras diócesis, de España entera al Sagrado Corazón de Jesús en los momentos tan cruciales que estamos viviendo. También en momentos cruciales se hizo esta consagración, en otros momentos de nuestra historia, hace un siglo, por el rey Alfonso XIII ¿por qué no la renovamos todos siempre, ahora, que tanto lo necesitamos, desde aquí mismo?

Que Dios, en su misericordia infinita haya acogido junto a sí al P. Luis María Mendizábal y para siempre esté junto a Jesús, esté junto al Sagrado Corazón en Quien siempre creyó y a Quien siempre amó. Y que, dando gracias a Dios por el gran don de este sacerdote jesuita conforme al Corazón de Dios, nos siga guiando para seguir a Jesús, a su paso junto a nosotros en nuestra vida.

³ Ibid.